



DIRECTORA: ÁNGELA GRASSI

Núm. 20. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 26 Mayo 1873. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXIII.

PRIMERA EDICION. DE LUJO Ó COMPLETA.		SEGUNDA EDICION. ECONÓMICA.		TERCERA EDICION. ESPECIAL PARA COLEGIOS DE SEÑORITAS.		CUARTA EDICION. ESPECIAL PARA LAS MODISTAS.	
Papel superior, cuatro números al mes, cuatro figurines, un pliego de patrones de tamaño natural y otro de dibujos		Cuatro números al mes, un figurin y un pliego de patrones de tamaño natural.		Cuatro números al mes y un pliego de dibujos para bordados.		Dos números al mes, dos figurines iluminados, un pliego de patrones de tamaño natural.	
MADRID.		MADRID.		MADRID Y PROVINCIAS.		MADRID: Un mes, 1,75 pesetas.	
Un año... 30,00 ptas.	Un año... 36,00 ptas.	Un año... 18,00 ptas.	Un año... 21,00 ptas.	Un año... 13,00 pesetas.	Un año... 13,00 pesetas.	Un año... 13,00 pesetas.	Un año... 13,00 pesetas.
Seis meses... 15,50 *	Seis meses... 18,50 *	Seis meses... 9,50 *	Seis meses... 11,50 *	Seis meses... 7,00 *	Seis meses... 7,00 *	Seis meses... 7,00 *	Seis meses... 7,00 *
Tres meses... 8,00 *	Tres meses... 9,50 *	Tres meses... 5,00 *	Tres meses... 6,00 *	Tres meses... 3,50 *	Tres meses... 3,50 *	Tres meses... 3,50 *	Tres meses... 3,50 *
Un mes... 3,00 *		Un mes... 2,00 *		Un mes... 1,25 *	Un mes... 1,25 *	Un mes... 1,25 *	Un mes... 1,25 *
PROVINCIAS.		PROVINCIAS.		PROVINCIAS.		PROVINCIAS.	
Un año... 30,00 ptas.	Un año... 36,00 ptas.	Un año... 18,00 ptas.	Un año... 21,00 ptas.	Un año... 13,00 pesetas.	Un año... 13,00 pesetas.	Un año... 13,00 pesetas.	Un año... 13,00 pesetas.
Seis meses... 15,50 *	Seis meses... 18,50 *	Seis meses... 9,50 *	Seis meses... 11,50 *	Seis meses... 7,00 *	Seis meses... 7,00 *	Seis meses... 7,00 *	Seis meses... 7,00 *
Tres meses... 8,00 *	Tres meses... 9,50 *	Tres meses... 5,00 *	Tres meses... 6,00 *	Tres meses... 3,50 *	Tres meses... 3,50 *	Tres meses... 3,50 *	Tres meses... 3,50 *
Un mes... 3,00 *		Un mes... 2,00 *		Un mes... 1,25 *	Un mes... 1,25 *	Un mes... 1,25 *	Un mes... 1,25 *

SUMARIO.

La belleza y la gracia, por María del Pilar Sinués de Marco. — Juana de Castro, por Teodosio Vesteiro Torres. — Las flores de María, poesía, por el doctor Lopez de la Vega. — A la luna, poesía, por Isabel de Villamartin. — Un recuerdo á la Sra. D.^a Josefa Serrano de Figueras, J. G. L. — Las maravillas del arte, por Nicasio Alvarez. — La mujer de Velazquez. — El castillo de Provins, por Eduardo Lopez. — Clemencia, por Isabel Cheix. — Estudios críticos del teatro español del siglo XIX, por Vicente Cuenca. — El antifaz de terciopelo, por E. Feijóo y de Mendoza. — Explicacion del figurin. — Historia natural. — Variedades. — Charada.

GRABADOS. — La mujer de Velazquez. — Las maravillas del arte. — El castillo de Provins. — Historia natural. — Rodaja para sacar patrones.

LA BELLEZA Y LA GRACIA.

Los años, los dolores, las tempestades de la vida, marchitan la hermosura, y hasta destruyen sus últimos rasgos: la gracia que nace del sentimiento de lo bello, del deseo de agradar, y casi siempre de una inteligencia superior, la gracia sola es inmortal.

(ANÓNIMO).

I.

No es la belleza solo lo que adorais, vosotros los que pretendéis que sois héroes en el amor; os hacemos la justicia de creer, que si pasais por delante del cuadro de las Tres Gracias, ó de la estatua de Vénus, les concedereis una mirada de admiracion y nada más. Acaso podreis apasionaros con el entendimiento de una obra del arte, y pasar largas horas extasiados ante una de esas dos bellas creaciones, porque el arte tiene grandes é indefinibles atracciones; pero esa apasionada admiracion os la inspiran

lo mismo *Los Niños coronados de flores del Dominiquino, El Caballero de Malta en oracion, de Hobbema y La Jocunda* anónimo, que cada dia encadena á sus pies durante

algunas horas á muchas grandes inteligencias en el Museo del Louvre.

No: la mujer que subyuga con un sentimiento fuerte

prende que el poseedor se llamase engañado, se irritase y se olvidase de él.

No es, pues, la posesion lo que apaga el amor que ins-



LA MUJER DE VELAZQUEZ.

y profundo, es, á no dudarlo, algo más que bella; es preciso que tenga el supremo é incomparable encanto de la gracia inteligente.

No hay duda que la belleza admira á primera vista: pero solo la gracia atrae y cautiva con una fuerza irresistible.

Se ven hombres casados que poseen una mujer muy hermosa, y que sin embargo, se apasionan verdadera y profundamente de otra, tan poco favorecida por la naturaleza que, á primera vista, no se comprende como puede preferirla; pero si una persona inteligente trata con intimidad á la esposa y á la amada, pronto comprenderá la causa de que así suceda.

El libertinaje, que es vulgar como todo lo malo, atribuye aquella *sin razon*, muy general en la sociedad, á una bien pobre causa: afirma que la posesion apaga el cariño, y que la mujer propia, en el hecho de serlo, ya no puede ser amada, á lo ménos, por largo tiempo.

Parécenos esto un grosero error: tanto valiera que el que ha admirado un soberbio lienzo de Rubens, en tanto que estaba de venta ó que le poseia un vecino suyo, lo arrojase á la calle á los dos dias de haber conseguido comprarlo.

Solo en un caso pudiera comprenderse que lo hiciera: si el cuadro, desde el instante de estar en su poder, empezase á perder su brillante colorido, si se borrasen de él las huellas del genio sublime que lo habia producido y se convirtiese en un lienzo vulgar, se com-

piran las mujeres hermosas; es que si no hay mas que hermosura, la vista se acostumbra á ella, y no hallándose alimentada el alma, no hay amor que dure y que resista al cansancio.

Además, las mujeres son casi todas graciosas ántes de hallar un esposo; pero hallado ya, pudiera creerse que su gracia era un anzuelo y que, conseguida la pesca, lo han arrojado como cosa incómoda y ya inútil.

Desde la hermosa Esther, reina de los judíos, que llegó desde la esclavitud al trono, hasta nuestros días, la mujer que quiere, y sabe conseguirlo, es siempre adorable y adorada.

II.

Mujeres hemos visto que equivocan *la gracia* con el *gracejo*, y que solo creían poseerlo usando de maneras desahogadas y de palabras libres.

Esa no es la gracia: ó á lo ménos, no es la gracia tal como nosotros la entendemos y como se admira en la buena y culta sociedad.

La gracia, es la reunion encantadora del candor púdico, de la decencia irreprochable, del culto natural que se manifiesta bajo un lenguaje dulce y cortés, de la benevolencia, de la elegancia natural y perfecta y de las maneras distinguidas: la gracia, cuando verdaderamente la posee una mujer, traspasa en todo lo que hace, en todo lo que toca y hasta en todo lo que se le aproxima.

Una mujer dominante y de carácter duro é irascible, no tendrá jamás gracia: por eso las virtudes rígidas, severas y perfectas, en una palabra, tienen siempre muchos menos adeptos que las amables debilidades de algunas mujeres: nos parece que la mujer debe estar siempre envuelta en una delicada nube, que es la mitad decoro y la mitad coquetería, y que la gracia debe flotar en la atmósfera que respira como un perfume impalpable.

La mujer es amable cuando llora, cuando ríe, cuando padece, si es que quiere serlo: siempre que se descubra en ella la gracia y la suavidad, y que sus impresiones demuestren un alma noble y un buen corazón, puede estar segura de su imperio.

No es la gracia patrimonio solo de la juventud, y tambien le lleva esta gran ventaja á la belleza. Dos excelentes escritores franceses han demostrado que la mujer en su edad madura, y aun en su ancianidad, puede poseer una gracia suprema. Mme. de Aubray, adorable creacion de Dumas (hijo) es una prueba de este aserto, y Octavio Feuillet ha presentado otra no ménos convincente en su precioso proverbio titulado: *La partida de Damas*.

Las mujeres que más adoradas han sido no han estado dotadas de gran belleza: ninguna de ellas pertenece á la tribu divina de que nos habla Balzac en *La Cousine Bette*.

Cleopatra, Mme. de Pompadour, Enriqueta de Inglaterra, María Antonieta de Francia, Isabel de Aragon, La Duquesa de Borgoña, La Hija del Regente, Gabriela de Estrées, y Agripina la Grande, no eran más que mujeres agradables: pero todas estaban dotadas de elevada inteligencia y de la gracia infinita que de ella nace, cuando á aquel don del cielo va unido un carácter sensible y el sentimiento de lo bello que revela una alma de artista.

Indudablemente lo que comunica al trato más gracia y más encanto, es una buena educacion; la grosería y la vulgaridad son insoportables: separad de la familia el delicado velo del decoro y solo quedarán las sinuosidades del carácter, la prosa, es decir, lo odioso de la vida; desnudad al amor de las atenciones, de las delicadezas: desposeedlo de una educacion perfecta y distinguida, y el amor morirá ahogado tambien por el materialismo, como muere una bella rosa que ha nacido en un zarzal, sofocada por las punzantes ramas, que no permiten llegar hasta ella las brisas y el sol.

III.

Puede asegurarse que la gracia en la mujer es producto de un bello y dulce carácter, ó á lo ménos del talento de saber fingir.

El arte de decir á cada uno aquello que pueda serle más agradable; de complacer en la mesa á todos y á cada uno; de hacer con talento los honores de un salon; de sostener viva y agradable la conversacion; de vestirse bien y segun conviene para cada hora del día; de hablar con dulzura; de sonreirse á tiempo; y sobre todo, de dar á cada uno en sociedad el lugar que le corresponde, es lo que constituye todo lo que hay de *explicable*, por decirlo así, en la gracia; pero hay otros mil detalles que se pueden definir y que son los que constituyen ese encanto de algunas mujeres, tan poderoso como irresistible.

Yo deseo á mi sexo más que *belleza*, *gracia*, pues en esta y no en aquella estriba su imperio: aquella puede compararse á una dália, que solo cautiva los ojos: esta

á una rosa perfumada, que satura de un precioso aroma el sitio donde reside.

M. DEL P. SINUÉS DE MARCO.

JUANA DE CASTRO.

A LA DULCE ESCRITORA ESPAÑOLA ANGELA GRASSI, HUMILDE PRUEBA DE ADMIRACION Y AMISTAD.

I.

¿Quereis, Angela, que yo, el escritor de la oscuridad, eleve una línea hasta vos, la poetisa de la fama?

Allá, bajo el melancólico azul del cielo de mi patria, al misterioso rumor de las ondas de una tranquila ría, al beso de la bruma de mis montañas, pude sentir algo en mi frente, algo en mi corazón, que me revelaba tal vez mis futuros destinos.

El eco prolongado del caracol marino, adios que da á las playas el pescador de la costa; el vuelo del alcion sobre el Océano, ráfaga de poder que se pierde en la inmensidad de los horizontes, fueron un día el presagio de mi voz y de mis ideas.

Yo escruté el pasado para adivinar el porvenir. Si alguna vez mi pobre pluma diseñó los olvidados fastos gallegos; si alguna vez prorumpí en versos tan fáciles como sentidos; hojas fueron de aquellos solitarios cedros del Carmelo, que caen desgajadas en los yermos arenales de Siria, sin que las lleve á sus labios para besarlas como cariñosa prenda el peregrino de Tierra Santa.

Tierra santa es Galicia para mí.

Luz de la ciencia, ideal de la poesía, urna del recuerdo, santuario del hogar... Todo lo he vinculado al nombre de esa bendecida tierra.

Pues vos lo pedís, Angela, quiero contaros una triste historia. Creo que una página de dolor está bien dedicada al bondadoso corazón de una mujer.

Pedidme memorias, no me pidais armonías.

II.

Juana de Castro nació en Galicia.

Fué hija de Pedro Fernandez de Castro, *el de la guerra*, último Señor de Lemos y Sárria, y de Isabel Ponce de Leon, su segunda esposa.

Estos apellidos indican la noble estirpe de nuestra gallega.

Del primer matrimonio de su padre, Guarda mayor de Alfonso XI, con Aldonza de Gil de Valladares, nacieron Alvaro é Inés, aquel Conde de Arroyos, esta Reina de Portugal.

Su hermano Fernando, primer Conde de Castro, Lemos y Sárria, fué la más ilustre figura del siglo XIV.

Juana era la hija menor de los poderosos solariegos, y recibió las caricias que siempre se prodigan al Benjamin de la casa.

Los goces de la familia fueron la preventiva compensacion de los días de amargura reservados á los hermanos Fernando, Inés y Juana.

Tenia esta los ojos negros, la tez blanca y mórbida, la cabellera magnífica, porte de princesa y un alma angelical.

Nobleza obliga, pensarian sus padres, y dotaron á aquella niña, tipo de virtud y hermosura, con el patrimonio de los espíritus elevados.

¿Quién diría que la inocente Juana de Castro iba á ser la víctima favorita de la adversidad!

III.

No bien lució para el último vástago de los señores de Lemos la edad de los amores, fué desposada Juana con Diego Lopez de Haro, heredero del Señorío de Vizcaya.

Jóvenes y amantes, ambos esposos, podria asegurarseles larga dicha.

Pero Juana, para quien empezaron temprano las pruebas, lloró viuda al hombre que la llevara al altar, cuando apenas habia dejado los juegos de la infancia por los santos deberes de esposa.

Niña aún, vistió las tocas de la viudez, y pronto otro ínto veló su hermosa cabeza.

IV.

Inés de Castro, un tiempo dama de Doña Constanza, primera esposa del Príncipe Pedro de Portugal fué, á la muerte de ésta, conducida al tálamo del heredero del trono.

El Rey Alfonso habia destinado diplomáticamente otra mujer para su hijo, y su ira no conoció límites al saber el enlace de Pedro, verificado por amor, pero contra su voluntad.

Una horrible intriga llevó el puñal al seno de Inés,

sin respetar la enamorada fe de los esposos y la pasion de madre por dos tiernas criaturas.

Aquel asesinato llenó de amargura á Juana, cuyo fraternal cariño no podia olvidar á quien durmiera en su misma cuna.

V.

Un día fatal, Pedro I de Castilla vió á la jóven viuda de Lopez de Haro.

Subyugado por su belleza, la requirió de amores, recibiendo de Juana la respuesta de toda mujer virtuosa.

Enardecido el Rey con la negativa, insistió, prometió y hasta amenazó, sin conseguir en lo más leve inclinar el ánimo de aquella que le enloquecía.

Resuelto á sacrificarlo todo por Juana de Castro, valióse Pedro I de un ardid sobrado comun en la Edad Media.

Habíanse celebrado sus desposorios con Blanca de Borbon; pero este matrimonio, por causas de explicacion ajenas á nuestro objeto, era para muchos problemático.

La digna viuda, no del todo insensible al amoroso afán del Monarca, protestaba no esquivar un segundo enlace que la haria Reina de Castilla y de Leon.

Reunióse una junta de teólogos por orden del Rey, y los Obispos de Salamanca y Avila declararon solemnemente nulo el matrimonio de Pedro y Blanca.

Tranquila la conciencia de Juana, y en salvo su honor por la declaracion de los Prelados, otorgó su consentimiento para las bodas, y estas tuvieron lugar en Cuéllar en 1353.

A los pocos días Pedro I abandonó para siempre á la sin ventura esposa.

VI.

La burla del Rey, *cruel* como nunca, hirió en lo más íntimo el alma de Juana de Castro.

Si brilló una aurora de consuelo para la desgraciada con el natalicio de su hijo, en los mismos días el anatema de Roma envolvía en igual excomunion á *la Castro y la Padilla*.

Ella, la piadosa, la católica hija de la sacramental Galicia, excomulgada por el Papa!

Ella, la noble, la honrada esposa del Soberano de Castilla, puesta por la bula en parangon con la mancha!

Torcidos informes arrancaran de manos del Pontífice el documento de 1355, cuando los solos culpables eran el Rey, y más que el Rey los Obispos de Salamanca y Avila, no facultados para anular un matrimonio que la santa Sede declaraba válido.

La venida del Cardenal Guillermo arregló en parte aquellas diferencias; pero Juana de Castro no pensó desde entónces mas que en retirarse á la soledad con su hijo y sus penas.

VII.

El Infante, á quien la triste madre puso su mismo nombre, enjugó las lágrimas de la ilustre repudiada.

Entrado apenas en la pubertad, aquella hidalga mujer lo cubrió un día de besos y lo despidió enviándolo á su padre.

Juana era la hostia propiciatoria del amor maternal.

La noche de Montiel, Enrique de Trastamara clavó su acero en el corazón del jóven Infante D. Juan!...

Dos veces viuda, muerta su hermana, lejos de Alvaro y huérfana de sus padres y de su hijo, la desolada ricahembra solo podia refugiarse en los brazos de su hermano Fernando.

¡Ilusoria esperanza!

VIII.

Fernando de Castro, el caballero sin par que defendiera constantemente á Pedro el Cruel, al verdugo de su hermana, hubo de emigrar á Bayona, entónces en poder de los ingleses.

Juana permaneció en Dueñas, cerca de Palencia, sola con Dios y abismada en su dolor y en sus recuerdos, hasta que plugo al cielo llamarla á su seno de paz en 1374.

Casi al mismo tiempo grababan los extranjerios sobre la tumba de su hermano Fernando: *aquí yace la lealtad de España*.

Por una tardía reparacion, Pedro de Portugal habia hecho coronar como Reina á su esposa Inés, exhumada para la extraña solemnidad.

La mártir Juana de Castro fué sepultada en la capilla de las reliquias de la catedral de Santiago. Aquella urna veneranda tiene la siguiente inscripcion:

«Doña Juana de Castro, reina de Leon y de Galicia, hija de D. Pedro Fernandez de Castro, el de la Guerra, señor de Lemos y Sárria, y doña Isabel Ponce de Leon,

„su segunda mujer. Casó con esta, viuda de D. Diego de Haro, señor de Vizcaya, D. Pedro único de este nombre, Rey de Castilla y Leon. Reinó año de 1350. Tuvo de ella al Infante D. Juan, que murió en el castillo de Montiel á manos del Rey D. Enrique, su tío. Falleció en 21 de Agosto. Era de 1412.“

IX.

Perdonad, Angela, que no haya sabido contaros una historia más grata, y que, aún en esta, no acierte á inspirar la tosquedad de mi pluma toda la simpatía que merece la hermosa y desventurada gallega *Juana de Castro*.

Si vos llegais un día á la basílica de Compostela, yo sé muy bien que no cruzareis indiferente bajo sus arcadas ante el sepulcro de mi compatriota.

Dedicadle entónces un eco de vuestro acorde laud. Yo solo puedo ofrecer una sencilla memoria para ella, que es también, Angela, una memoria para vos.

TEODOSIO VESTEIRO TORRES.

Madrid. 1873.



LAS FLORES DE MARÍA.

ARMONÍAS DE LA FE.

En la mansion divina, donde la paz existe,
Donde no tiene el alma
Tormentos y dolor;

Donde la aurora plácida de luces se reviste,
Radiante de hermosura,
De mágico esplendor,

Allí, mi Dios amado, tu potestad pusiste,
Del sacro bien la palma, tu universal amor.

Allí las flores viven del pudibundo encanto,
Con pétalos de perlas,
Diamantes y zafir,

Con hojas de esmeraldas, brillantes y amaranto,
Colores que el acento
No acierta á describir

En inmortal delicia, que no turban los males;
¡Qué dicha es para el justo allí tu voz oír!

La sávia de esas flores purísimas del Cielo,
El éter es del tierno
Murmullo de la fé;

Su aroma es la esperanza, la dicha y el consuelo,
Y allí tienen los Angeles
Su sacrosanto pié;

Y las sienes adornan de Vírgenes y mártires,
Que en su cárcel de duelo el mundo allí no vé.

Las gotas de rocío para animar su vida,
Son lágrimas preciosas
Que vierte sin cesar

La Reina de los Angeles, la angélica María,
Pidiendo para el hombre,
Consuelo á su pesar;

Y ella misma las cuida, con maternal cariño;
Jamás, jamás se puede su brillo marchitar.

Todos los que hasta el Cielo se sienten trasportados
Al amparo divino
Del arte creador,

Ostentan esas flores que adornan la cabeza
De la Madre de Cristo,
Madre de paz y amor;

Y todas ellas tienen matices deslumbrantes,
Que eclipsan de los ástros el mágico fulgor.

Esas flores delicadas,
Más bellas que el Sol y el día,
Son las flores de María,
En el Cielo cultivadas.

Esas flores de consuelo,
De tan esplendentes galas,
Las abrigan con sus alas,
Los Querubines del Cielo.

Nadie las puede arrancar,
Son eternas como el alma,

Brindan la dicha y la calma,
En la tierra y en el mar.

Las dora el plácido rayo
De la dulce primavera,
Con la corona hechicera
Del risueño mes de Mayo.

Del año son las más bellas;
Adornan la castidad,
Con la dulce magestad
De las fúlgidas estrellas.

Por eso con tierno afán,
Las procura en esta vida,
La pureza bendecida,
Y siempre puras estan.

Bendice Dios su hermosura,
Por ser flores de María,
Claro lucero del día,
De los tristes protectora.

Las Vírgenes se adornan con ellas en el mundo,
Para cantar la gloria,
Para ensalzar la fé;

Y ellas humillar saben el ánimo iracundo,
Con himnos religiosos
Al Dios de Nazaréth;

Y el Cielo las esmalta, brindándoles mil dones,
Que con llanto en los ojos mil veces escuché.

¡Qué hermosas son las Vírgenes que adornan á María!

¡Qué voces tan sonoras,
Cantando su beldad!

¡Qué tiernas sus plegarias! Consuelo y alegría
Infunden esos himnos,
Flores de castidad;

Y esparcen en la tierra su mágica armonía,
Que endulza los pesares, el llanto y orfandad!

Cuando pide la agonía
Una Virgen para el Cielo,
Cubierta de blanco velo,
Lleva flores de María.

¡Y qué dulce melodía
La sigue hasta el Camposanto!
Todos le ofrecen su llanto,
Que mana del corazón,
Y la abraja con su manto,
La sublime Religion.

El alma deja la tierra,
Y al volar junto al Señor,
Halla en la Virgen amor,
Y deja una cruda guerra.
Allí conserva las flores,
Que recogiera al morir,
Y allí comienza á vivir,
Con otras dichas mayores.

Déles Dios la bienandanza,
A las Siervas de María,
Que la adornan á porfía,
Con aliento de esperanza!
La fe con su bienestar,
Les ofrece en alta cumbre,
Del Cielo la clara lumbre,
Para poderse salvar.

Quien no se acuerda del Cielo,
No alcanza la salvacion:
¡Ay del que vive en el suelo,
Sin la Santa Religion.

Por eso, jóvenes puras,
Sacras arpas de armonía,
Nunca olvideis á María,
Fuente de gratas dulzuras.
Ella os ofrece venturas,
Con sus divinales flores;
Y en sus mágicos colores,
De candor y de inocencia,
Ha puesto la Providencia,
El amor de los amores.

DR. LOPEZ DE LA VEGA.

(Madrid)

A LA LUNA.

Reina de Oriente,
Luna argentada,
Que eres el faro
De mi esperanza,
Dile al que léjos
Padece y calla,
Que mi alma es siempre
Su enamorada.

Dile que cuando
La brisa blanda,
Entre mis rizos
Ligera pasa,
Un beso tierno
Pongo en sus alas,
Para que llegue
Donde él se halla.

Dile que siempre
Que la campana
Anuncia flébil
La luz del alba,
Por él tan solo
Mi labio clama
Al Sér que premia
De amor las ansias.

Cuando en la tarde
El Sol quebranta
El terso espejo
De fuente mansa,
Ve en su fondo
Su imágen clara
Que me contempla
Apasionada
Y de mis ojos
Ruedan las lágrimas.

Suspira el viento,
Tiemblan las ramas,
Las hojas caen,
Las nubes pasan,
Y en la pradera
De luz bañada,
Ve su sombra
Que se adelanta;
Tiendo mis brazos
Para estrecharla
Y hallo el vacío
Que me anonada.

Flores y fuentes,
Aves pintadas,
Que sois testigos
De pena tanta,
Cubrid de luto
Las bellas galas,
Que llora ausencia
De amor infausta
La que en sus cantos
Siempre os ensalza,
La que en el mundo
Es vuestra hermana.

Reina de Oriente,
Luna argentada,
Cuando su cárcel
Rompan dos almas,
Y en un sepulcro
Dos cuerpos yacean;
De aquella tumba
Cuelga tu lámpara,
Para que alumbre
Su antorcha clara,
A los amantes
Que á leer vayan,
Nuestros dos nombres
Sobre la lápida.

ISABEL DE VILLAMARTIN.

UN RECUERDO A LA SEÑORA

DOÑA JOSEFA SERRANO DE FIGUERAS.

El día 20 de Abril de 1873 será para nosotros un día tristemente memorable. A las dos de la tarde dejó de existir la virtuosísima señora doña Josefa Serrano de Figueras. Faltaríamos á un deber sagrado, si en nuestras columnas no dedicásemos á su memoria un cariñoso recuerdo.

El profundo y doloroso sentimiento que embarga nuestro ánimo por tan irreparable pérdida, nos impide enumerar todo el bien que, durante su paso por este mundo, hizo este sér que consagró toda su vida para su familia y para aliviar á todos los que sufren.

Una de las virtudes que más la caracterizaban, era su excesiva modestia. Caritativa en extremo, nunca quería que los infinitos beneficios que prestaba de continuo fuesen conocidos ni agradecidos tampoco. Comprendía, en una palabra, su verdadera misión. Tan inesperada muerte ha dejado un vacío inmenso en su familia y amigos.

Los que tuvimos la suerte de poseer su cariño, guardaremos siempre ese dulce recuerdo que conmueve profundamente nuestra alma, y sus saludables consejos resonarán eternamente en nuestros oídos y servirán, más de una vez, para proporcionarnos en los momentos de aflicción, esa resignación que solo es posible conseguir ante el recuerdo de un ser muy virtuoso y querido.

Poquísimas personas había que practicaran con tanta fe y entusiasmo los preceptos religiosos. La lloramos hoy, víctima quizás de su excesivo fervor, pues su naturaleza tan delicada y sensible, no ha podido resistir esta vez, el sufrimiento que pasó durante la Semana Santa, por consagrarla toda ella á cumplir sus deberes de verdadera cristiana.

EL CORREO DE LA MODA cumple hoy muy gustoso un deber sagrado, al dedicar á este ángel de caridad y de virtud, un doloroso y triste recuerdo. Su familia ha perdido un ser amantísimo y querido; nosotros hemos perdido á la excelente y cariñosa amiga, que en tantas ocasiones endulzó nuestra vida con sus consoladoras palabras; los pobres pierden la cariñosa mano que tan continuamente les socorría y la persona que sabía aliviarles en sus desgracias.

Llorémosla todos siempre, y al conservar su recuerdo en nuestro corazón, procuremos imitar sus virtudes.

J. G. L.

LAS MARAVILLAS DEL ARTE.

Entre las siete maravillas tan preconizadas por los antiguos, no son las menos notables las tres que representan nuestros grabados.

El *Templo de Diana* descollaba en Éfeso, antiquísima ciudad de la Lidia, en el Asia Menor.

Tenia este célebre edificio cuatrocientos pies de largo y doscientos veinte de anchura, sostenido por ciento veintisiete columnas, todas llenas de las más delicadas y caprichosas esculturas. Cada una de estas columnas había sido regalada por un rey, lo cual prueba el inmenso culto que logró alcanzar aquella divinidad mitológica, á la vez que da á conocer cual sería la belleza y magnificencia de aquellas columnas en las que cada monarca había empleado sus riquezas y el talento de los mejores artistas de su reino.

Todas las maderas que sirvieron para el templo fueron escogidas entre las más duraderas é incorruptibles, siendo las de menos valía el ébano y el cedro; los vasos y demás ornamentos estaban formados de plata, oro y piedras preciosas, de un valor incalculable.

En cambio, la estatua de la Diosa era una figura tosca, de origen egipcio, y envuelta en misteriosas cintas que la hacían asemejar á una momia.

Erostrato prendió fuego al templo, con el designio de que esta bárbara hazaña perpetuase su nombre.

El Laberinto. Era Creta una preciosa isla de la antigua Grecia, donde entre otras maravillas del arte se observaba el famoso Laberinto, obra de Dédalo. Era una especie de mina, compuesta de multitud de galerías en todos sentidos y direcciones, cuyas columnas, vueltas y recodos, de una igualdad y simetría incomparables, ofuscaban de tal manera los sentidos, que una vez internado en las sinuosidades de aquel complicado bosque de granito, verdadero palacio encantado de nuestros cuentos infantiles, era imposible hallar salida.

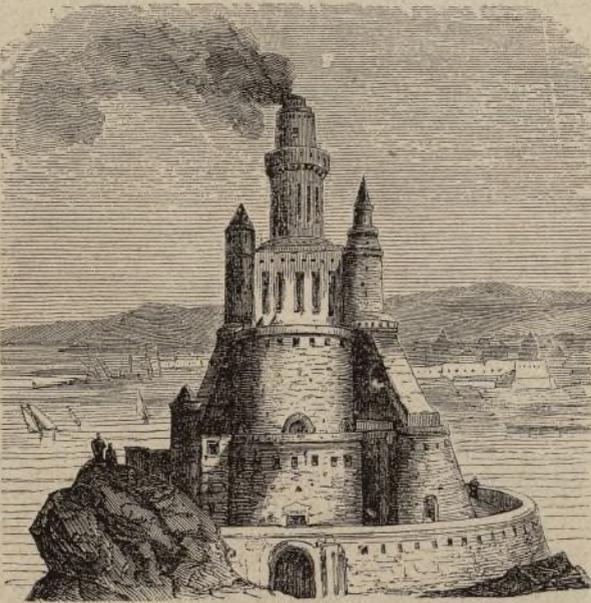
Teseo, encerrado en él por orden de Minos, solo logró salir de aquella viviente sepultura merced á un gran ovillo de hilo de oro que le entregó Ariadna, y que le permitió recobrar la libertad y matar al Minotauro, monstruo sanguinario, mitad hombre y mitad toro, que Dédalo había destinado para guardian del Laberinto.

El Faro de Alejandría. Sostrato, célebre arquitecto egipcio, concibió el proyecto de construir una torre, en cuya cúspide brillase un fanal para que sirviese de guía

á los navegantes, indicándoles desde luego la entrada del puerto.

Secundado por el sábio Rey Ptolomeo, que puso á su disposición todos sus tesoros, eligió para cimentar su obra un islote llamado Faros, que se elevaba cerca de Alejandría, y como á una legua de distancia en medio del mar.

Un inmenso arrecife de una milla de largo, y suficientemente sólido para resistir el embate de las olas, puso



EL FARO DE ALEJANDRÍA.



EL LABERINTO DE CRETA.



EL TEMPLO DE DIANA EN ÉFESO.

LAS MARAVILLAS DEL ARTE.

en comunicación la ciudad con el islote, en donde construyó una torre altísima, que se alcanzaba á ver desde diez leguas de distancia, y á cuyo extremo estaban siempre colocadas señales convenidas de antemano, que indicaban á los navegantes, no solo el sitio adónde debían dirigir su rumbo, sino que le avisaban del estado del puerto, y de la mayor ó menor calma en que se encontraba la costa.

Por la noche encendían en la plataforma que terminaba la torre, una hoguera permanente, que supliese á las señales.

Esta obra colosal, que legó su nombre á todos los fanales que desde entónces se han colocado en las costas, fué completamente arruinada por un terremoto.

NICASIO ALVAREZ.

LA MUJER DE VELAZQUEZ.

Mil veces hemos insistido en la idea de que la mujer, dotada de una sensibilidad exquisita y una imaginación ardiente, puede cultivar con sumo éxito las artes, y por este medio cubrir de flores la cadena que la une á su grave compañero. La esposa de Velazquez, dechado de domésticas virtudes, no abandonaba á su esposo en el dintel de su estudio, en donde trabajaba en las obras admirables que han inmortalizado su nombre, sino que le seguía allí, avivaba su inspiración, le componía los colores, y aun muchas veces trazaba con el pincel primorosos bocetos, que su esposo convertía en cuadros sublimes, cuando no pintaba ella misma un cuadro que llenaba de alegría y orgullo á su marido. Esta comunidad de ocupaciones, esta afinidad de gustos, estrechaban cada vez más el dulce lazo que los unía, y su ejemplo debe servir de estímulo á las jóvenes para cultivar las bellas artes y adornar su imaginación con útiles conocimientos que

presten alas á las horas que pasen con ellas su esposo, sus hijos y sus amigos.

EL CASTILLO DE PROVINS.

Provins es una antiquísima ciudad de Francia, célebre por sus antiguos monumentos y por sus rosas, cuyo perfume es exquisito. Está situada en un vallecito ameno, en la falda y al pié de una alta ladera, á orillas del Durteín y del Vouzle, que dan movimiento á un gran número de molinos. La ciudad alta, que se presume debe haber sido muy importante bajo el imperio de los Romanos, presenta todavía numerosos vestigios de antigüedad, entre los cuales se distingue en el punto más eminente, una gran torre, denominada Torre de César, de 140 pies de elevación, flanqueada de cuatro torrecillas y coronada de almenas. Nada más majestuoso que esta torre, ya arruinada, y nada más bello que el panorama que se divisa desde su cúspide.

Laderas cubiertas de verdura, bosquecillos perfumados, las aguas de los dos ríos que corren murmurando entre graciosas espadañas, y por último, molinos y pintorescas casitas sombreadas por las copas de corpulentos árboles.

Sitio de grato solaz, de apacible recogimiento. Las que deseis viajar este verano no olvidéis aquel escondido paraíso, ni os priveis del placer de ir á cojer del mismo tallo sus afamadas rosas.

EDUARDO LOPEZ.

ESTUDIOS CRÍTICOS

DEL TEATRO ESPAÑOL DEL SIGLO XIX.

Juicio crítico del drama *D. Francisco de Quevedo*, de D. Eulogio Florentino Sanz, por D. Fermín Herrán (1).

«Mientras hacíamos materiales suficientes y maduramos el pensamiento de escribir nuestra *Historia crítica del Teatro español del siglo XIX*, obra de gran importancia, cuya realización nos hemos propuesto en defecto de escritores que podrían hacerlo de una manera más

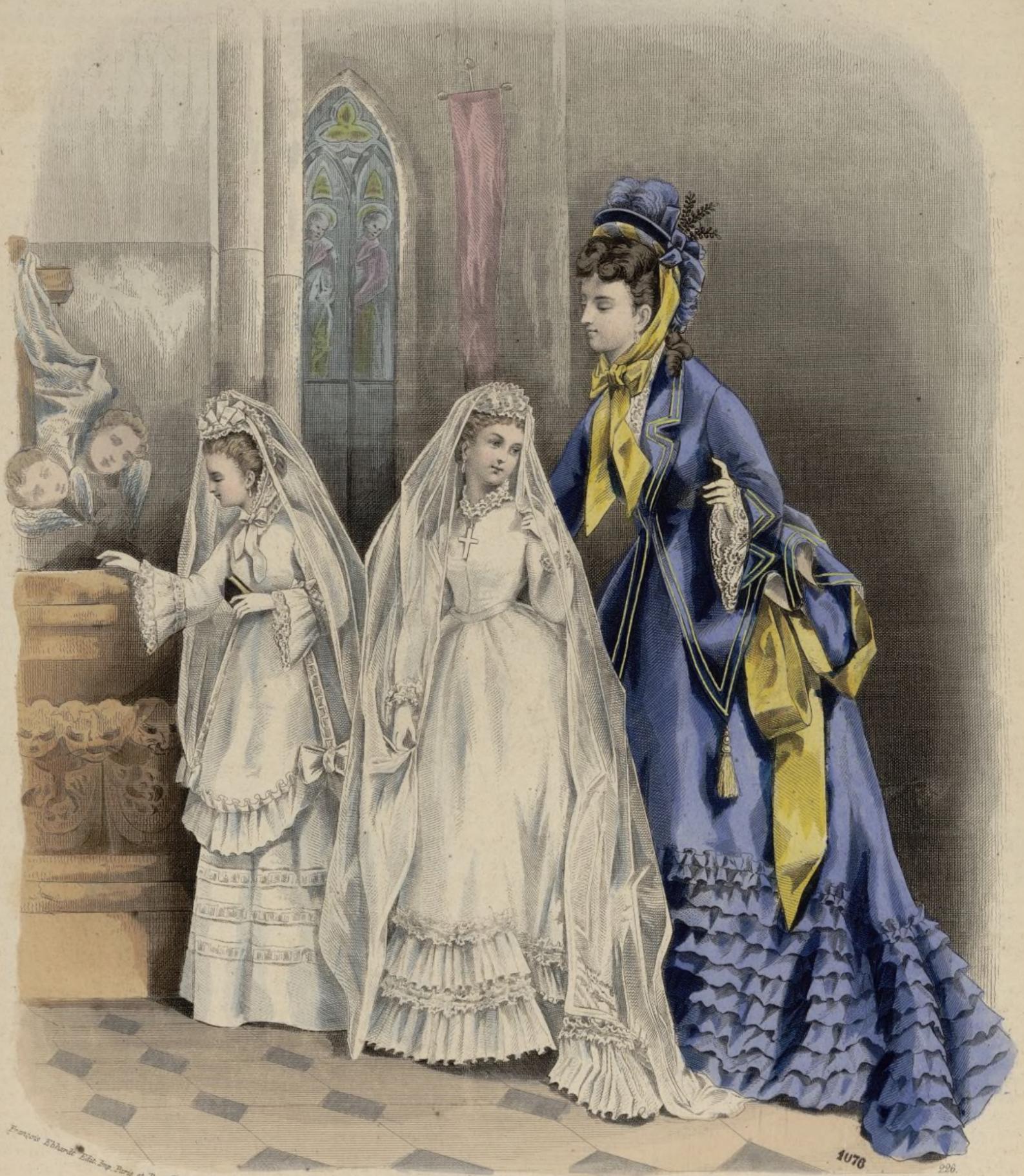
satisfactoria y menos imperfecta, vamos á publicar una serie de folletos, escritos sin método ni propósito determinado, en los que examinaremos detenidamente *Don Francisco de Quevedo*, *Los amantes de Teruel*, *Simon Bocanegra*, *Venganza catalana*, *Alfonso II el Casto*, *Quién es ella?*, *La locura de amor*, *Doña María de Molina*, *El Trovador*, *El drama nuevo*, *D. Alvaro ó la fuerza del sino*, *El haz de leña*, *El Cid* y *D. Juan Tenorio*, dramas; el *Pelayo*, el *Edipo*, *Virginia* y *La muerte de César*, tragedias; y *El hombre de mundo*, *Marcela*, *El tanto por ciento*, *El arte de hacer fortuna* y *La cruz del matrimonio*, comedias».

Ante los ojos tenemos el primero de estos trabajos del Sr. Herrán, y si por lo publicado hasta el presente, juzgamos de lo que serán los demás, con justicia podremos afirmar que la obra de nuestro distinguido amigo, si no beneficio, porque en España á lo único que esta clase de estudios da derecho, es á una cama en el Hospital, honrará con creces, andando el tiempo, la pluma del Académico correspondiente de la Real Academia de la Historia.

Con varias apreciaciones de algunos escritores que se han ocupado de nuestra literatura dramática con más ó menos extensión, apreciaciones, repetimos, justísimas á nuestro parecer, encabeza el Sr. Herrán su folleto como para disculpar lo atrevido del pensamiento. ¿Quién, como dice muy acertadamente en uno de sus párrafos, tendría hoy la suficiente abnegación de consagrarse al estudio de una obra que le costaría tantos desvelos como designios había de recibir después de concluida?

Descargada, pues, su conciencia de escritor, y pedida la correspondiente indulgencia, entra en materia, describiendo á grandes rasgos la situación del teatro espa-

(1) Vitoria, administración, calle de Postas, núm. 5; Madrid, librería de Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72. Cada folleto para los suscriptores, dos reales en toda España.



Francis Ehrhard Edita Imp. Paris et Bruxelles.

1070 226

EL CORREO DE LA MODA
Periodico ilustrado para las Señoras

Plaza de Prim II. 3.

Ayuntamiento de Madrid

ñol por los años de 1848, época en que perdiendo tierra el romanticismo que en nuestro suelo recibiera tan poderoso aliento de las concepciones del duque de Rivas y García Gutiérrez, aparece D. Eulogio Florentino Sanz con su notable obra *D. Francisco de Quevedo*. Y aquí confesamos ingenuamente encontrar con el mayor gusto en el análisis del drama de que nos ocupamos, el procedimiento que empleaban los antiguos maestros de la crítica, de contar al lector el asunto desde la primera escena hasta la última del desenlace, útil y sabia costumbre que sin razón vemos ir cayendo en desuso. A lo ménos tenía de bueno no verse reducido el lector como hoy día á caminar de conjetura en conjetura, á no sabemos qué relación imposible, que es preciso coger al vuelo, en medio de palabras elegantes y sonoros períodos, con los que se ha creado una reputación el folletín por demás envidiable. Antes había para el observador y para el crítico, un apacible reposo del espíritu; tan fáciles eran de leer y de escribir; verdad es que el drama, ó cosa así por aquel entonces, estaba reducido á sus límites naturales. Veíase entrar á la princesa, oíanse los rugidos del tirano en sus intervalos regulares, y en su sitio se hallaba la escena de amor. Al contrario, hoy día, como todo, la crítica sufre las tempestades de los sucesos sin término, y el análisis de un drama necesita un volúmen. A mayor abundamiento, la modernísima crítica se ha creído también en el deber de hacer sus pruebas de mérito y talento; mostrar que sabía escribir y pensar por su propia cuenta, sin inquietarse de la nueva obra, pero sí y mucho del éxito que le pertenecía, y de la estimación que alcanzaría de su propio talento en la opinión del lector, de lo que ha resultado, como no podía ménos, cansancio para el crítico, fatiga insostenible para el lector.

El Sr. Herran ha obviado este inconveniente con gran tacto; y con no escasa erudición, mesurado lenguaje, gran copia de razones y castizas frases, analiza el desenvolvimiento del drama escena por escena, exponiendo el asunto con claridad suma y extremada habilidad, sentando premisas y aduciendo consecuencias, hasta dejarlo dilucidado por completo. Confesamos ingenuamente, que en este punto, el crítico más recalcitrante puede darse por satisfecho.

Ardua y difícil tarea es la emprendida por el autor, máxime si se tiene en cuenta la escasa valía que han merecido de nuestros escritores modernos esta clase de trabajos, y la dificultad de adquirir datos y allegar pruebas para conducir á feliz término esta clase de obras tan descuidadas y tenidas en poco por nuestros literatos, incuria censurabilísima, pues el fiel que marca con mayor exactitud la cultura de todo un pueblo es su literatura dramática.

Mucho sentimos no disponer de mayor espacio del que podemos ocupar, á fin de presentar ante la vista de nuestros lectores las muchas bellezas que en esta parte encierra el folleto de que nos ocupamos; sin embargo, creemos con lo dicho suficiente para que todas las personas que se interesen de algún modo en nuestros adelantamientos literarios se apresuren á leer la obra del Sr. Herran.

En lo que no estamos bien avenidos con nuestro autor

es con la última nota, y las apreciaciones optimistas que encierra con respecto al número de críticos españoles, que cita, en su juicio, no escaso, que han dedicado sus trabajos á la dramática patria. Para nosotros, la crítica ó es mucho ó no representa nada. A nuestro parecer, para algunos críticos, quizás demasiados, es solo cuestión de una gacetilla, que por obtener de la facundia del escritor sazónada cosecha de líneas, ocupa pomposamente el cuarto bajo de un periódico, dándose así misma in-



CASTILLO DE PROVINS.

fulas y nombre de tal, á falta de otros merecimientos.

Verdad es por otra parte que el arte dramático, este venerable señor de otras épocas, siempre tan púdico, tan casto y sabio, tan reservado en sus grandes arrebatos, honrado anciano de talento, siempre dispuesto á avergonzarse, ya no se avergüenza ni respeta á nadie ¡qué monólogos no se ponen hoy en su boca! qué infamias no se le hacen repetir hasta la saciedad! Pobre arte dramático, reducido á vivir de semejante oficio! Mucho ha perdido el arte con este nuevo y prosaico sistema sin amor y sin entusiasmo por nada, que como la historia, cuenta tranquilamente lo que ha sabido, sin inquietarse de la reprimenda ó del elogio. Desde que el autor dramático se ha despojado de las pasiones que formaban el drama, el drama ya no existe. Esta ha sido una gran pérdida. ¡Qué mejor epitafio podía ponerle nuestra generación liviana y descreída sobre su ignorada tumba, que una gacetilla?

VICENTE CUENCA.

CLEMENCIA.

(Continuación.)

X.

Si en vez del opaco fulgor de las estrellas, que solo permitía distinguir la elevada estatura y airoso perfil del embozado, hubiera enviado la luna algunos de sus dulces resplandores, se habría visto cuanta hermosura y exuberancia de vida revelaban sus bellas y enérgicas facciones, cuanta nobleza y altivez demostraba la mirada de sus magníficos ojos, y se comprendía bien que Clemencia le amara con delirio, porque parecía haber nacido para inspirar solamente amores eternos.

— Te he hecho esperar mucho, fué lo primero que dijo D. Félix con voz opaca y contenida.

— No; repuso ella dulcemente.

— Y sin embargo, esta noche he tardado más que otras, porque me ha sido imposible evadirme de la reunión que celebran en casa de mi jefe.

— Oh! no te disculpes; estoy segura que no has tardado por tu voluntad. Además, bien sabes que nunca me parece largo el tiempo que te espero.

— Porque eres un ángel, y los ángeles son indulgentes para las faltas de los hombres.

— Lindo ángel! exclamó ella riendo con alegría; te advierto, Félix, que todo lo perdono, ménos los elogios exagerados, cuando nada hago para justificarlos.

— No haces nada! interrumpió con apasionado acento Mendoza; ¿no te debo las únicas horas de pura felicidad que disfruto en mi vida? ¿Sabes acaso lo que es tu amor para mi alma, que antes de hallar la tuya soñaba con ella, la buscaba en todas partes, y lloraba con lágrimas de sangre cada desengaño que recibía?

— Si tantas alegrías recibes con mi cariño, repuso ella estremecida hasta el fondo del corazón, al escuchar este lenguaje que sonaba en sus oídos con celestiales armonías; tú que eres el hijo mimado de la fortuna, como me has repetido muchas veces; ¿qué será el tuyo para mí que cifro en él mis más dulces recuerdos del pasado, mi fe-

licidad en el presente y mis sueños en el porvenir?

— Repítame esas palabras; necesito volver á oírlas, para adquirir la certeza de que es tu amor como el mío, grande, inmenso, inextinguible; quiero saber que tu alma me pertenece como á ti la mía; que nadie ni nada podrá separarnos en el mundo. ¿Me lo juras, anada de mi corazón?

La voz de Félix al expresarse así, parecía contener una tempestad de sollozos, y era ronca y angustiosa.

Clemencia comprendió que algo extraño iba á causarle nuevos sufrimientos, y tembló como la hoja á la primer sacudida del huracán.

— Félix, dijo con tristeza, ignoro por qué me preguntas con tanto afán, lo que sabes hace mucho tiempo. Jamás he mentido: ¿por qué desconfías de mis palabras y exiges juramentos?

— Porque ha llegado la hora de hablarte con franqueza, y aunque leo en tus miradas el amor que sientes por mí, dudo y tiemblo que me arrojes de tu lado, cuando escuches la confesión que voy á hacerte.

— Dios mío! ¡qué terrible secreto es ese que puede se-

pararnos? Si lo crees así, cállalo Félix, no quiero saberlo.

—Antes morir mil veces que callar por más tiempo; no puedes figurarte la lucha que sostengo entre mi amor y mi razón; él me aconseja que continúe engañándote; ella me manda ser leal. ¡No me has visto á veces en medio de la alegría que me causaban tus dulces y cariñosas palabras, tener instantes de verdadera desesperación, que tú no comprendías, pobre niña?

Clemencia callaba; cada frase de Mendoza era una gota de plomo derretido que destrozaba su alma.

—He sufrido mucho, mucho, prosiguió él; tu confianza, tu candor, me avergüenzan; ahora mismo parece que me desgarran el corazón. Escúchame, Clemencia, y sé mi juez.

Tengo treinta y cuatro años, una gran fortuna, y te amo con toda mi alma. ¿No te extraña que cuando considero tu posesión como la suprema felicidad, no haya pedido tu mano?

—Yo respeto los motivos de tu silencio, repuso débilmente la pobre jóven; me basta creer que soy amada.

—Y lo eres hasta el delirio; hace muchos años que te conozco, y la primera vez que mis ojos se fijaron en los tuyos, ví en ellos toda la inmensa bondad y ternura de tu alma, como tú debiste leer en los míos la impresión que me causabas. Te he seguido siempre de lejos y he admirado tu virtud y tus sacrificios. He visto tu casa brillante y opulenta, desmoronarse como una fortaleza abandonada. Te hablé al fin, pobre huérfana, oculta en este barrio con el infeliz anciano, de quien eres el único apoyo, y una fuerza superior á mi voluntad me hizo hablarte de mi amor.

Después te he visto casta, amante y confiada; hubiera querido hallarte mil defectos y me han enloquecido tus virtudes; engañar á una mujer como tú, es ser el más miserable de los hombres; Clemencia! mi amor, mi vida, mi alma entera, te he mentido al hacerte creer que podías ser mi esposa, á mí ó despreciarme de una vez, pero sabe que no soy libre para casarme.

Y ansioso, delirante, y desesperado, D. Félix inclinó la cabeza como un reo, y apoyó su frente en la reja.

—No eres libre!... repitió la infeliz, y sintió en el corazón un dolor horrible, ardiente como un hierro encendido; el primer latido de los celos.

—No, repuso Mendoza, y como si adivinara su martirio, bajó el embozo de su capa y á la dudosa claridad de las estrellas, mostró á Clemencia la blanca encomienda de San Juan, sobre su traje negro.

Clemencia la miró y luego cerró los ojos sin exhalar ni un suspiro.

Creó que Dios iba á consolarla haciendo que lo olvidara todo, por una repentina paralización de su cerebro, pero un instante después volvió á mirar á Félix y su alma se anegó en un océano de amargura.

Hace nueve años prosiguió él tristemente, que profesé en esta Orden religiosa y militar. Mis padres creyeron asegurarme un porvenir brillantísimo, y me han hecho el ser más desgraciado de los hombres, y sin embargo, alma mía, mientras tenga esperanza de que perdones mi desgracia y continúes amandome...

—Oh, basta, basta, Félix, interrumpió Clemencia, cuyo gran corazón se levantaba como un atleta, para continuar su vida de sacrificios en aras de un deber; basta por Dios, de sueños insensatos. Te amo mucho más de lo que le es dado explicar á una criatura; pero esta noche nos separamos para siempre.

—Separarnos! no lo pienses, pobre niña, ¿qué será de tu alma sin la mía, si la necesita como yo la tuya?

—Mi alma, repuso ella con tristeza infinita, te perdona tu silencio, porque á él ha debido muchas horas de felicidad; pero antes que ella está mi deber.

—¿Qué hablas del deber ante lo inmenso de nuestra pasión?

—Félix, de hoy más, cada palabra que se cruce entre nosotros, es una ofensa á Dios, á los consejos de mi santa madre, y á las canas del anciano que tanto me ama. Separémonos, mi pobre y querido amigo, y ya que la ventura en el mundo nos está prohibida, seamos buenos para esperarla en la eternidad.

Clemencia, ahogada por el llanto, iba á retirarse, pero Félix la detuvo reteniendo su manga que flotaba sobre el cauce.

—Te vas?... exclamó loco, terrible, desesperado: ¿me desprecias por que he sido franco, y te niegas á volverme á ver?

—No te desprecio Félix mio, por el contrario, te amo más que nunca. Si me niego á volverte á ver, es porque no puedo resignarme á que el amor puro que siento, llegue á ser una pasión culpable, reprobada por los hombres y maldita de Dios.

—Pues bien, repuso Mendoza con aparente calma, se-

parémonos ahora, pero no creas disfrutar ese resignado reposo con que sueñas. Sé que me amas y tu corazón será tu mayor enemigo. Además, yo te seguiré donde quiera que vayas, y en cualquier parte que mires, hallarás mis ojos ansiosos y enamorados pidiéndote la felicidad que me niegas.

Al acabar estas palabras Félix se retiró bruscamente de la ventana.

—Hasta pronto Clemencia, le dijo.

—Adios para siempre! quiso responder ella, y las lágrimas ahogaron su voz.

Cuando se perdieron los ligeros pasos de D. Félix, Clemencia, que había vivido diez años en una hora y que los sentía caer en su espalda, como las piedras que recibían los mártires, subió á su cuarto y cayó sentada sobre el lecho, sin fuerzas, sin pensamiento, sin vida.

XI.

¿Quién podrá comprender el dolor del marino, que en lucha desesperada con las olas, ve desaparecer en el horizonte la vela de donde esperaba su salvación?

¡O el del labriego, que mira presa de las llamas, no solo la era, donde están amontonadas las espigas, fruto de un año de trabajo, sino la choza, único abrigo de su mujer y sus hijos, y se queda en una hora sin pan y sin albergue?

Y sin embargo, el marino en su agonía espera siempre otra vela; y el labrador suele hallar sentada en el montón de cenizas la caridad que reedifica su choza.

La amargura de Clemencia superaba á todas estas por que había perdido el divino sosten de la esperanza.

Hallábase la pobre jóven, en el caso del arquitecto, que después de levantar á costa de mil afanes el magnífico edificio que ha de asegurar su felicidad, le ve reducido á escombros por un terremoto tan instantáneo como poco inesperado.

Separada para siempre de él! he aquí lo único que comprendía; ni aún pensó en que cualquiera otra mujer se hubiera manifestado agraviada por tan largo engaño.

Las horas de aquella noche terrible pasaron una tras otra, dejando en el corazón y el rostro de Clemencia, huellas que demostraban su inmenso dolor; y al brillar la primera luz del nuevo día, las lágrimas, que enturbiaban sus ojos, apenas le dejaron percibir sus rayos bienhechores.

ISABEL CHEIX.

(Se continuará.)



EL ANTIFAZ DE TERCIOPELO.

novela original

Escrita por E. Feijóo y de Mendoza.

(Continuación.)

—Callad! callad! no lloreis! dijo la enferma con agitación, vuestras lágrimas me hacen daño!

—Magdalena, dijo Augusto dando tregua á sus sollozos. Quién sabe aún! Ten esperanzas!

—Esperanzas! dijo ella dolorosamente, hartas he tenido, que me hicieron el golpe aún más terrible. ¿Yo tu esposa Augusto? yo hermana de la noble Ernestina? ¡era demasiada felicidad, y Magdalena no es digna de ella! Augusto, añadió dulcemente, ¿te acuerdas de cuán locos proyectos hacíamos para el día que fuésemos esposos? Oh! mis desposorios serán la muerte! Mi esposo el sepulcro!

Al acabar de decir esto, la acometió una tos seca y convulsiva. Augusto apenas pudo contener un grito desgarrador que se escapaba de su pecho; Ernestina se apartó de una de sus manos trémula y acongojada.

Angela, más dueña de sí misma, la dijo con dulzura: —Magdalena, quítate ese terciopelo, que te ahoga y te da tos.

—Y mi voto? contestó la enferma con angustia.

—Pecas más con no arrancarte ahora la careta, repuso Angela, porque ese terciopelo perjudica á tu salud y á tu vida, y de ambas cosas solo Dios es el dueño.

Magdalena se quitó el antifaz, y quedó descubierto su bellísimo rostro, siempre hermoso á pesar de su horrible demacración y palidez.

—Ya estás satisfecha, Angela, dijo sonriendo dolorosamente. Tienes razón: para los cortos días que me quedan de vida, es una locura el privar á mis amigos de que

me vean. Dios, que lee en mi corazón, sabe que esto no es vanidad, porque ya no soy hermosa.

—Tú siempre eres encantadora! exclamó el General con pasión.

—Si me dices eso, Augusto, contestó la enferma, volveré á ponerme el antifaz, aunque sepa que deba ahogarme con él!

—Oh, no! exclamó Augusto procurando sonreírse; ¡ya que me lo mandas, callaré!

Magdalena estaba en extremo fatigada, y no sentía el viento frío que azotaba su bello rostro; pero Ángela creyendo que pudiese dañarla, la dijo con cariño.

—Querida mía, séparate de ahí, ó cerraré la ventana. Ese aire tiene que perjudicar á tu salud quebrantada.

Magdalena se encogió levemente de hombros, y respondió tristemente:

—Angela, déjame aspirar el aire, porque pocos días me quedan de tener ese consuelo; para mí no hay esperanza de salvación; lo sé, y estoy resignada. Me llevo un consuelo á la tumba, prosiguió dulcemente, y es que vosotros me recordareis, y llorareis mucho por mí, ¿no es verdad?

—Oh! sí, exclamaron los tres entre sollozos.

—Gracias, gracias, murmuró con ternura y dulzura, así lo espero: Así lo espero de vuestro cariño. ¡Necesito que roguéis por mí, por que soy una gran pecadora! ¡Amigos míos, cómo veo sobre mi frente la mano de la Divina Justicia! Morir á los ventiseis años, después de haber alcanzado el amor de un hombre tan digno de ser amado, cuando podía unirme á él, y gustar de las alegrías maternas! No, no! añadió con un arranque de energía, que no se podía creer en su debilitado espíritu. Yo no era digna de la felicidad y si el Señor me la concediese, no sería justo. ¿Qué había de dar entonces á seres tan buenos como Angela y Ernestina? Me muero, sí, por que las penas han minado mi frágil constitución, por que el amor de Augusto, que podía salvarme vino tarde, por que Dios me castigó haciéndome conocer lo dichosa que podría ser, y arrebátandome á esta dicha. Oh! dijo fatigada, no puedo más que reverenciarle, pues me concede una muerte cristiana, debida á mi arrepentimiento. Si yo no hubiese llorado mis errores, si no hubiese hecho un voto terrible, y que cumplí con la mayor religiosidad por espacio de seis meses, si yo no hubiese orado con fervor, quizá mi muerte fuese terrible y desastrosa. Dios es grande! Dios es soberano! Dios es justo! Castiga mis crímenes llevándome en la flor de mi vida, y recompensa mi arrepentimiento, permitiéndome que espere en vuestros brazos.

Ernestina, de pasiones más violentas que Angela, ménos avezada á la resignación cristiana prorumpió en sollozos comprimidos.

—Ernestina, exclamó Magdalena abrazándola. ¡Cuán buena eres! ¡Si comprendieras cuánto te agradezco esas lágrimas! Oh! me hacen mucho bien! ¡Son para mí un bálsamo consolador! Ellas me demuestran que me amas, tú! que debieras aborrecerme! Mira, añadió bajando la voz, de modo que nada oyese ni el General ni la Monja. No sabes cuánto me alegraría de verte ántes de morir casada con el Conde de Rosental, es un dardo que tengo atravesado en el corazón, por más que tú me hayas perdonado.

¡Cuán grande sería mi dicha, si pudiera entregarte á Alberto! Ser tu madrina de boda.

La poetisa enjugó sus lágrimas, y dijo con altivo ademán:

—Magdalena, no hablemos de esto. Te he perdonado, soy dichosa y no debes reprocharte en lo más mínimo, si por tí he perdido á quien no me merecía!

—Y si no fuese así, Ernestina; murmuró la enferma en voz baja, si yo te dijese, si yo te jurase que el Conde jamás cesó de amarte. Que le seduje con mi travesura, que le encadené con mi coquetería, que no perdoné medio alguno para retenerle cautivo á mis pies. Que mil veces temblé de celos al ver lágrimas en sus ojos, al sorprender los suspiros de su corazón. Lágrimas y suspiros consagrados á tu recuerdo.

—Calla, Magdalena, calla por piedad! dijo Ernestina, sintiendo que el amor vencía al odio.

—Te ama, te ha amado siempre, te lo juro, prosiguió la enferma con exaltación. ¡Debe acaso imponerse un castigo eterno por un instante de extravío? ¡Oh, quién me diera que estuviese aquí para colocar tu mano entre las tuyas y daros mi bendición.

En aquel momento entró la Priora, y abrazando á Magdalena, la dijo cariñosamente:

—Hija mía, en el locutorio hay dos caballeros que dicen que son antiguos amigos tuyos, y que tendrás el mayor placer al verlos. Sé que falto á las reglas del convento, pero estoy dispuesta, si lo deseas, á que entren aquí,

Dios sabe que no quiero ofenderlo, y solo, si, proporcionarte algun consuelo.

—Mi buena tia, contestó la enferma, con débil y doloroso acento, voy á dar muy pronto cuenta al Señor de mis culpas, y á él pediré por la falta que cometéis al complacer á una moribunda. Que entren á verme esos caballeros si son amigos. ¿Quién sabe si mañana será ya tarde?

La Priora hizo una seña á Angela, que salió al instante de la estancia.

CAPITULO X.

DONDE SE VERÁ QUE DIOS OYÓ LAS SÚPLICAS DE LA MORIBUNDA MAGDALENA.

Al poco rato de haber salido entró Angela con dos caballeros. Magdalena al verlos dió un grito de júbilo, y dijo con fervor:

—Oh! Dios ha oido mis súplicas! Gracias, gracias, Señor! Ya voy creyendo que me perdonareis, pues veo cumplido mi mas ardiente deseo.

Los recién llegados eran el Conde de Rosental y el poeta Suarez. Alberto estaba tan pálido y agoviado como Ponce de Leon.

Cualquiera hubiera creído al verle que acababa de salir de alguna gran enfermedad, y así era en efecto. Al ir Estéban á buscar al Conde para marchar con él á la Coruña, le encontró en cama atacado de una fiebre ardiente que le duró un mes. Suarez, que era la delicadeza por excelencia, asistió á su nuevo amigo hasta que se restableció y luego le acompañó al lado de Ernestina.

El semblante del Conde al ver á la poetisa, demostró el más vivo placer, y le dijo con emocion.

—Ernestina! Al fin te veo!

La jóven se ruborizó, y contestó friamente:

—Señor Conde, vea V. que no estoy yo sola; aquí hay más personas.

El Conde contrariado con las palabras de Ernestina, dijo con alguna confusion:

—Magdalena, qué tal se siente V.? Me han dicho que estaba muy enferma.

—Enferma! se engaña V., señor Conde, estoy moribunda, y quizá no tenga dos horas de vida.

—Será posible! dijo Suarez separándose de Ernestina y adelantándose hácia la enferma. ¡Con que tan mala está usted, pobre Magdalena!

—Estéban, amigo mio, dijo Magdalena con ternura; no sabe V. cuánto me alegro de verle antes de morir. A V. que tanto bien me hizo! sin cuyo auxilio quizá hubiese ido á un hospital! Sí, estoy muriéndome! Tenia que suceder! Los remordimientos me asesinan, pero acérquese V. aquí, tengo que hablarle.

Suarez tomó asiento al lado de Magdalena, con la que empezó un diálogo en voz baja. La Priora intervino en la conversacion, y como hablaban bajo y con calor, los demás se retiraron al último de la celda.

El Conde no se atrevia á acercarse al General, pues no ignoraba que tenia con él muchos motivos de queja, pero Augusto, que comprendia su confusion, le tendió la mano con nobleza, y le dijo:

—Conde, V. y yo nos vemos hoy por la primera vez. En otra ocasion, si le hubiera encontrado, uno de los dos hubiera dejado de existir; mas ahora, al dirigir la vista á esa infeliz que se está muriendo, y á quien yo amo tanto, mi rencor se desvanece, y estoy dispuesto á ofrecerle á usted la mano de amigo.

—Gracias! gracias, General! contestó el Conde con efusion, estrechándole la mano. No me es desconocido su noble y digno carácter, así como su distinguido talento, el cual comprenderá que hay circunstancias extrañas que impelen á un hombre á portarse mal. Agradezco como debo la amistad que V. me ofrece, y solo deseo que sea un sentimiento más íntimo el que nos ligue; mi mayor honor será el de poder llamarle á V. hermano.

—Señor de Rosental, dijo Augusto con dignidad; esa determinacion de ser mi hermano, le honra á V., porque aunque tarde, quiere V. cumplir con sus deberes de caballero.

El Conde se sonrojó al oír las últimas palabras del General, que eran una dura leccion á su proceder; pero sin mostrarse ofendido, le contestó:

—Caballero, tiene V. razon; aunque tarde, quiero mostrarme digno del ilustre nombre que llevo; hartó lo envilecí con mi comportamiento: más... añadió con inquietud, ¿podré esperar que su hermana de V. acceda á mis deseos?

—Eso no es cosa mia, dijo Augusto con una sonrisa triste; ella está aquí, que es á quien debe V. dirigirse; yo le prestaré mi apoyo.

Ernestina estaba silenciosa, apoyada en el hombro de Angela, y mirando sorprendida la gran mudanza que se

notaba en la fisonomía del Conde; mas al oírse aludir por su hermano, se estremeció y tembló, porque comprendió que tenia que dar una contestacion definitiva. Felizmente la sacó de este embarazo Magdalena, que llamó con voz débil al General y al Conde, los que se acercaron, formando por espacio de un rato parte de la secreta conferencia.

Angela y Ernestina quedaron solas, y á la Monja llamándole la atencion aquel misterio, dijo á la poetisa:

—Ernestina, seria capaz de jurar que en aquella conversacion tratan de tí.

—De mí! Por qué?

—Porque Magdalena y el Conde te miran á cada momento, porque el General se sonrie, y sor Luisa se muestra complacida: además, ese otro caballero á quien llamaste Suarez, contento y alegre hace señas á Magdalena como en prueba de asentimiento.

En efecto, no se engañaba Angela.

Al acercarse á Magdalena el General y Alberto, ella les dijo con dulzura:

—Caballeros, he estado arreglando con mi tia y Suarez el casamiento del Conde con Ernestina. Yo tuve la culpa de que se deshiciese; y á mí me compete el reanudarle. ¡Conde, V. no es digno de ella, V. que me prefirió á mí valiendo menos! ¡V. que fué causa de la muerte de mi padre! ¡V. que mató á mi infeliz primo, y á quien yo debiera detestar; y sin embargo, le perdono de todo corazón, para que Dios me perdone á mí, que soy la más culpable, y no contenta con perdonarle, quiero darle á Ernestina, pues esta no se negará á la súplica de una moribunda. Suarez me estuvo informando que traia V. un despacho dado por el Patriarca de las Indias, en que les dispensa las amonestaciones y da poder á cualquier Sacerdote para que los case. En todo esto, veo yo la mano de Dios que oyó mis súplicas y que me perdonará. Su venida de V. y la de Estéban es casi un milagro, pues á tardar dos días más, me hubieran VV. encontrado muerta, y no llevaria el consuelo de hacer á dos seres felices ¡Yo que tantos hice desgraciados!

—Gracias Magdalena, exclamó el Conde conmovido. Si yo la ofendí á V., me obligó á ello la fatalidad: tenia que defender mi vida, atacada por su primo de V. Hoy, mi mayor placer seria verla tan dichosa como V. quiere hacerme á mí.

—Oh! sí, lo seria si Dios hubiera permitido que... balbuceó Magdalena fijando sus ojos en el General.

—Y por qué, no lo ha de permitir? exclamó Augusto con pasion.

Magdalena se sonrió tristemente y dijo á Suarez que parecia asombrado con aquella escena.

—Estéban, yo conocí á Ponce de Leon la noche que salí de Madrid, le traté en el viaje, y hoy me ama y le amo.

—Justicia de Dios! exclamaron á un tiempo el Conde y el poeta.

—Sí, es verdad, es justicia de Dios, repuso Magdalena con acento opaco; yo que tanto jugué con el amor, la primera vez que amo... tengo que renunciar á la vida!

Todos quedaron silenciosos y aterrados; al fin la enferma hizo un esfuerzo, y dijo alzando la voz:

—Querida Ernestina, hazme el favor de acercarte.

La poetisa se acercó apoyándose en Angela, y como si necesitase de su auxilio.

Los tres caballeros se pusieron en pié, y la priora les imitó. Aquellas seis personas rodearon el sillón en que estaba sentada la moribunda. De un lado se veia en pié á sor Luisa y el General: de otro al Conde y Suarez, y en el centro á Angela, la cual sostenia á Ernestina, que poco le faltaba para desmayarse.

Estaba anocheciendo y la luz que iluminaba la celda era tan vaga que apenas se distinguian los objetos. Habia algo de solemne y grandioso en la reunion de aquellas personas, en aquel sitio, y en aquella hora, en torno de una mujer moribunda.

Magdalena los contempló á todos por espacio de algunos momentos y luego dijo con voz clara y acentuada y con tono de la mayor solemnidad.

—Alberto de Venamegia, Conde de Rosental! Dios solo le trajo á V. aquí para que yo cumpla un deber sagrado y pueda morir tranquila: Arrodílese V.!

El Conde obedeció con respeto.

Magdalena continuó:

—Ernestina Ponce de Leon! aproxímate.

La poetisa se adelantó como movida por un resorte, y Angela ocupó el sitio que el Conde dejara libre, cerrando el grupo.

La moribunda cogió una mano del Conde, y dijo á la poetisa con tono grave y de mando.

—Ernestina, entrega la mano al Conde por que yo quiero veros casados ántes de espirar.

Por un resto de orgullo, Ernestina, al oír esto se hizo atrás, y separándose del Conde y de Magdalena, se apoyó en su hermano.

—Querida mia! dijo la enferma con tono de reconvenccion, ¿te negarás á mi súplica, á la de tu hermano y tus amigos?

—Ese hombre me hizo sufrir mucho, es mas culpable que tú, porque era mi novio y tú mi enemiga; exclamó la jóven con acento altivo.

—Ernestina! gritaron todos los circunstantes con reconvenccion.

—Sí, me dió á conocer cuántos dolores hay en el mundo, prosiguió ella con el mismo tono.

—Ah! murmuró la enferma con desaliento, tú no quieres que Dios me perdone! ¡Tú quieres que me condene!

—Yol dijo con un grito sublime Ernestina.

—Sí, repuso Magdalena con la energía de la desesperacion, tú no quieres que lleve ante Dios ese crimen menos; pero amiga mia, á mí me perdió mi vanidad y Dios me castiga por ella. Cuidado que no te pierda á tí tu orgullo.

—A mí! gritó Ernestina estremeciéndose y adelantándose hasta ponerse al lado del Conde. Oh! eso no; y prorumpió en lágrimas.

—Por piedad, Ernestina, tu mano! me estás asesinando con tus vacilaciones! exclamó la enferma.

Ernestina dió su mano al Conde, se arrodilló á su lado, y dijo con dignidad:

—Yo te perdono, Alberto, yo te perdono del fondo de mi alma.

Magdalena, añadió apoyando su cabeza en el regazo de la moribunda; pide á Dios en el cielo que nos haga felices!

Una purísima alegría iluminó el rostro de Magdalena y mirando al cielo, con tono sublime dijo:

—Dadme fuerzas y vida, Dios mio! para que pueda verlos esposos y que no me muera hasta que el Sacerdote los una. Luego puso sus manos sobre las dos jóvenes cabezas que tocaban su falda, y prosiguió:

¡Que la bendicion de la que tuvo la culpa de vuestra desunion, os haga felices, y suba hasta el trono de Dios!

La Priora, Angela, el General y Suarez, cayeron tambien de rodillas. Era aquello un cuadro sublime. Por fin Magdalena interrumpió de nuevo el silencio, diciendo con dulce voz:

—Amigos míos, retírense VV., y déjenme sola con mi tia y Angela. No vengan VV. al convento hasta pasado mañana, dia que se verificará la ceremonia del casamiento. Es preciso hacerlo de prisa, porque mis horas están contadas. Cuánto siento, añadió con tristeza, no verlos á VV. mañana; pero deseo acercarme al tribunal de la penitencia, y no quiero que la presencia de VV. me haga pensar en cosas del mundo. Desde hace ocho meses me confieso todas las semanas, mas tal vez mañana sea la última que reciba el Sagrado Cuerpo de nuestro Redentor, y para ello quiero prepararme dignamente... Váyanse VV., por favor, ó no tendré fuerzas para verlos partir.

Los futuros esposos y Suarez, abrazaron á Magdalena, y el General hizo lo mismo, á una seña de la Priora: Ay! infeliz Augusto, era la primera vez, y la última!

E. FELJÓO Y DE MENDOZA.

(Se continuará.)

Explicacion del Figurin 1076.

FIG. 1.^a Traje para señora jóven.—Vestido azul de Francia de faya, guarnecido con ocho volantitos que terminan con una ruche picada. Chaqueta de la misma tela forrada de seda blanca y adornada con cintitas de seda color maíz, siendo tambien de cinta ancha maíz el cinturón. Sombrero de faya azul adornado con cintas azules y maíz, pluma azul y piocha de azabache.

FIG. 2.^a Traje para niña.—Vestido de muselina blanca adornado con dos plegados y una ruche picada. Corona de rosas blancas cubierta por el velo.

FIG. 3.^a Traje para niña.—Vestido de tarlatana blanca, adornado con tres entredoses bordados. Túnica guarnecida con un volante y recogida á los lados con lazos de cinta. Prendido adornado de encajes y cintas blancas.

Estos trajes pueden utilizarse tanto para comunión, como para figurar en las próximas procesiones de Corpus.



HISTORIA NATURAL.

EL GALLO Y LA CIGÜEÑA.

Extraño parecerá sin duda que aunemos el arrogante gallo con la melancólica cigüeña, pero lo hacemos bajo el punto de vista de la utilidad que prestan al hombre. El gallo alegra nuestras viviendas, anuncia las horas con su canto, y nos proporciona inmensos beneficios con su numerosa prole; la cigüeña, amiga del hombre, gusta de habitar en sus mismas viviendas, pesca en su estanque, caza en su jardín, y destruyendo los insectos nocivos, paga con sus servicios la hospitalidad que se la concede.

Hay dos clases de cigüeñas, diferentes solo en el color en cuanto á la forma, pero totalmente diferentes en los instintos. La negra habita en los parajes desiertos, hace su nido en la espesura de los bosques, y frecuenta los pantanos solitarios; la blanca por el contrario, establece su domicilio en las torres y chimeneas de las aldeas y aun de las ciudades populosas.

La cigüeña es imágen de la moderación, de la fidelidad conyugal, del amor filial y paternal.

Los griegos hicieron en su honor y dieron su nombre á la ley que obligaba á los ciudadanos á mantener y amparar á sus padres, y Aristófanes se valió de este hecho para escribir una de sus sátiras más amargas contra la humanidad.

En Tesalia se imponía la pena de muerte al que mataba á una cigüeña, exterminadoras de las serpientes que infestaban aquel país, y en Roma se hubiera considerado como sacrilegio al que hubiese osado presentarla en su mesa. Los egipcios la tributaban un culto apasionado, y hoy mismo nuestros aldeanos consideran como buen augurio el que una cigüeña elija por domicilio el techo de su casa.

FELICIA.

JACINTA PEZZANA GUALTIERI.

Se han realizado con creces todas las promesas que la fama nos habia hecho, han superado los resultados á las esperanzas que los triunfos de Italia y Barcelona nos habian hecho concebir.

Ha bastado que la eminente y célebre artista se presentase en nuestra escena, para que todos los corazones palpitasen de entusiasmo, para que todas las manos batiesen palmas.

La hemos visto representar obras de distinto género, y en todas nos ha parecido más admirable, más sublime.

La dama de las Camelias, la Princesa Giorgio, Il falconiere, Medea y los Celos de Lindoro, la han valido brillantísimos y legítimos triunfos. En las cuatro obras primeras, la inflexion tiernísima de su voz en las escenas de sentimiento, la vida, y la verdad con que interpreta la pasión y el dolor, su dicción, gestos, movimientos y actitudes, y sobre todo, el conjunto armonioso de dotes escénicas, la colocan á grande altura. En la Medea se muestra sublime de arrogancia y magestad, y hace temblar y estremecer al espectador con la energía de sus salvajes pasiones. En los Celos de Lindoro, por el contrario, nos sorprende con su encantadora gracia, con su adorable coquetería, y nos arranca al mismo tiempo lágrimas y sonrisas. Para la comedia cómica no tiene rival.

Entusiastas apasionados del arte, unimos nuestras felicitaciones á las de cuantos han tenido la fortuna de ver y oír á la célebre artista, seguros de que aunque está acostumbrada á las brillantes ovaciones y á los calurosos plácemes, no dejará de serla grato nuestro sincero homenaje.

Ansiámos verla en Sor Teresa y en Norma, en cuyo desempeño, según publica la fama está inimitable.

Mas como en las cosas de la vida siempre el placer va acompañado del dolor, acibara el que experimentamos al aplaudirla, la idea de que pronto deberá abandonar nuestro suelo para recorrer en triunfo el continente americano.

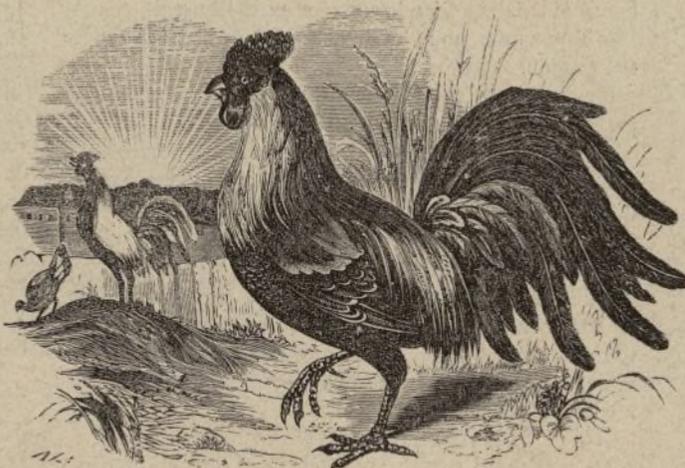
UN SECRETO IMPORTANTE.

Se aproxima la época de los viajes, y nos apresuramos á poner en conocimiento de nuestras amadas lectoras, el secreto que acabamos de sorprender para gastar poco y viajar cómodamente. La llegada de una ilustre dama que viene á visitar á Madrid de paso para Portugal, nos lo ha dado á conocer.

Cuando la vimos llegar, traía puesto un vestido rico de seda color de acero, guarnecido con cinco volantitos, y encima un abrigo largo y ancho, que yo llamé Watterproof, y que ella me dijo llamarse *Staubmantel* (guarda polvo). Era de lana gris de polvo, y tan flexible, que podía pasar por un anillo; no llevaba ningun adorno mas que una esclavina con capucha independiente, que se ponía ó quitaba según las ocasiones. Cuando dejó el abrigo pude ver que el vestido era liso con cuerpo de aldetas.



LA CIGÜEÑA.



EL GALLO.

El sombrero, forma calabresa, era de paja gris, adornado de faya gris y plumas grises, con largo velo, que pasando por encima de todos los adornos y cubriéndolos perfectamente, descendía flotando sobre la espalda.

Con gran sorpresa mía, vi traer su equipaje, que consistía en una balija y una caja redonda. Advirtió mi sorpresa, y me dijo sonriendo.

—He buscado y he encontrado un medio de viajar con economía y sin cuidados.

Con lo que llevo puesto, y esta caja me basta. La balija contiene ropa blanca.

El vestido como V. ve, es de seda rica, que no se ajará tan fácilmente. Cuando hace mal tiempo, y para andar por el campo, lo recojo por medio de cordones interiores y dejo al descubierto la falda de debajo, que es de moiré de lana gris, con bordado de soutache negro, de 25 centímetros de altura. Ahora verá V. cómo me arreglo para componerme el traje de vestir.

Abrió la caja, sacó una túnica muy adornada, igual al vestido, y se la adaptó por debajo de las aldetas. Quitó los dos alfileres que sujetaban el velo del sombrero, y con los mismos alfileres puso en su lugar dos plumas, una rosa y la otra gris, eligió un par de guantes de color claro, y ya no tuvo mas que hacer para estar vestida con suma elegancia.

La misma caja contenía un abrigo de cachemir blanco,

bordado con soutache negro, que hacia juego con la falda inferior, y formaba un gracioso traje de mañana, algunos guantes, algunos cuellos y mangas, una camiseta y mangas de encaje; un prendido de flores, y nada mas.

—Para sociedad, añadió la dama, abro en corazon el cuerpo del mismo vestido dejando ver la camiseta de encaje, adorno el peinado con estas flores, y ya estoy transformada, de modo que con un solo traje combino cuatro, que son los que necesito.

¡No os parece, amigas mías, que es muy importante este secreto, y que valia la pena de que os lo comunicase!

**

Nos han remitido nuevas soluciones á la charada inserta en el número 16 del CORREO, las señoras doña Juana Martín, de La Parrilla; doña Dionisia Azcona, de Valencia, y doña Gertrudis Santos, de Tarragona.

**

Soluciones á la charada inserta en el número 18, correspondiente al 10 de Mayo, por doña Inocencia Torres, de Santander; doña Dolores Sanchez, de Bilbao; doña Tomasa Ariño, de Vitoria; doña Consuelo Santa María, doña Ignacia Trabado, de Villafila; doña Salud Torrecilla, doña Eduarda Martí y Fez, de Vigo; doña Martina Gallego, de Castroreza, y por último las siguientes:

Para tener algun rorro,
No coma tu esposa mero,
Encarga á Roma algun gorro,
Sahumándolo con Romero.

JOSÉ MONTESTRUQUE.

Vejer, 14 de Mayo 1873.

A cierto niño le llamo rorro,
De los pescados prefiero el mero,
Y entre las plantas que yo cultivo
Tambien se encuentra la del Romero.

AURELIA MARTINEZ

Tuy, 16 de Mayo, 73.

CHARADA.

Prima y segunda
Es apellido,
Y aún otra cosa,
Mas la suprimo.

Tercia y segunda
Mal tan antiguo,
Como el origen
Del hombre mismo.

La cuarta aislada
No la combino,
Aunque pudiera
Marcarle sitio.

El todo un sabio
Que al mundo vino,
Segun autores
Unos seis siglos.

Antes que el justo
A redimirnos,
Del gran pecado
Con que nacimos.

Saber su nombre
Ya es muy sencillo,
Despues de cuanto
Va referido.

JERÓNIMO COUDER.

ADVERTENCIA.

Hasta nuevo aviso se suspende el admitir suscripciones á *Las Buenas Novelas*.

**

Habiendo llegado á noticia de esta Empresa que un D. Santiago Pardiñas, se ha presentado en varios pueblos con el carácter de corresponsal viajante, recogiendo suscripciones para nuestro periódico, avisamos al público para que no se deje engañar, pues no está debidamente autorizado para ello, ni la Empresa responde de las suscripciones que haga.

RODAJA PARA SACAR PATRONES.



Se vende á 6 rs., y bastará enviarlos á esta Administración para recibirla franca de porte.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.ª Edición recibirán con este número el Figurin iluminado.

Editor-proprietario: CARLOS GRASSI.

MADRID, 1873.—Tip. de G. ESTRADA, Dr. Fourquet, 7 (antes Hiedra).